

E. MIRET MAGDA LENA

EN el instituto Francés, el famoso Padre Yves Congar, O. P., se ha planteado ante un numeroso público, muy heterogéneo, el problema del porvenir de nuestra Iglesia, que me sugiere las reflexiones que propongo a mis lectores.

Problema que hace treinta años ni siquiera se planteaba, pues vivíamos los católicos sin interrogantes. O más bien, no se nos dejaba pensar que podía haber interrogantes.

En estos últimos siglos, la Iglesia estaba acostumbrada a continuar simplemente, sin proponerse la cuestión de su cambio.

Pero un mundo nuevo, que inicialmente se manifestó en el siglo XIX, y continuó a pasos agigantados en el siglo XX, ha conmovido de tal manera a la Iglesia católica que, para bien o para mal, no tiene más remedio que hacerse la pregunta de su porvenir, mirando mucho menos hacia atrás de lo que hasta ahora estaba acostumbrado.

La verdad ciertamente ya no está en el pasado, ni siquiera en el presente; la verdad está en el porvenir, no sólo en las cuestiones religiosas, sino en todo lo que atañe al hombre. Un síntoma de ello —nos decía el Padre Congar— es lo que todos podemos observar en los niños: hoy creen éstos saber más que sus padres, y antes no ocurría así.

La Iglesia, que vive fundamentalmente de una Tradición, se encuentra desconcertada ante este desafío de la modernidad. Y a ello se añade, para más confusión, que la Tradición de esta Iglesia nuestra es muy compleja, y cuando decimos que vive de ella, unos se refieren a una cosa y otros a otra. Por eso el Padre Congar nos aclaraba que la Tradición en la Iglesia no es todo lo que hemos visto en lo inmediatamente anterior, como si fuera inamovible, sino un principio vivo que está presente en todo su desarrollo a través de los tiempos, encarnándose este principio dentro de las diferencias culturales, sociales y políticas de las distintas sociedades en que viven los hombres creyentes.

Y aun esto no está del todo claro. Porque, ¿cuál y cómo es este principio? Puesto que, desde luego, lo que no podemos hacer es identificar este principio nuclear del cristianismo con el tipo de cultura católica unida a éste en los tiempos inmediatamente anteriores a los nuestros o en la Edad Media. Esta cultura católica clásica, la que pregonó León XIII en su enciclica *Aeterni Patris* a finales del pasado siglo, está en ruinas; en unas ruinas imposibles de volver a levantar porque nada dicen al género de vida y de pensamiento del hombre de hoy que mira hacia mañana.

Todavía más: los creadores culturales, los sociólogos, psicólogos, filósofos, o los revolucionarios de todos los estilos, podemos decir que por primera vez en la historia del hombre no son creyentes, no tienen fe religiosa. Y, por tanto, las culturas actuales tampoco son religiosas. Por eso pienso que es una ingenuidad escandalizarse tanto los creyentes de los movimientos sociales ateos, como si el ateísmo no estuviera en todo, y no sólo en ellos; el ateísmo está en la entraña misma de la cultura que hoy

se manifiesta, y que mañana se desarrollará mucho más.

Los cristianos nos encontramos como se hallaría una chica que no tuviera costumbre de hacer "strip-tease", y se encontrase de repente desnuda ante una serie de asistentes a un "night-club". Todas nuestras vestiduras, o han desaparecido o están a punto de desaparecer: por eso tenemos esa sensación extraña de algo radicalmente inacostumbrado en nuestra experiencia religiosa tranquila y sin problemas hasta ahora. Nos sentimos extrañamente desnudos.

Y no sólo ha desaparecido la vestidura, sino la fe misma expuesta en cuestión. El impacto ha sido mucho más duro porque cuando se pudo y debió haber hecho no se hizo el cambio. El Siglo de las Luces —el Aufklärung— no penetró ni en la teología, ni en la estructura eclesial, ni en el modo de vivir la religión los católicos. Y se perdió una oportunidad única. Lo que entonces pudo hacerse casi sin violencia

UN PORVENIR PARA LA IGLESIA

y con la mayor naturalidad del mundo, hoy se ha producido como la entrada de un caballo en una cacharrería. Y por eso, desde el Papa hasta el último burócrata de los dicasterios romanos, se encuentran sin saber qué hacer.

El siglo XIX fue, en mi opinión, mucho más pesimista que piensa el Padre Congar, porque fue un siglo de creación y restauración de la vida religiosa completamente ilusoria. La Iglesia desarrolló las misiones, los institutos religiosos, las universidades católicas y todo el aparato estructural eclesial; pero lo hizo sin saber si ese era el desarrollo que necesitaba o ese tipo de crecimiento era teratológico. Hoy hemos visto, sin lugar a dudas, que ese desarrollo ha sido triunfalista y monstruoso, y no sabemos hacer otra cosa que contemplar las incipientes ruinas de tan grandioso mecanismo doctrinal y práctico.

Por eso la palabra clave de Juan XXIII, el único Papa con visión de porvenir, no fue ni la de "continuación" ni la de "restauración", sino una palabra imposible de traducir, pero cuyo sentido se nos hace visible intuitivamente. El Papa Roncalli pretendió una cosa nueva en la historia eclesial, porque nos encontramos en un mundo nuevo: el "aggiornamento". Pero tras él todo ha cambiado: el Papa Pablo VI ha perdido de vista este objetivo dinámico y radi-

calmente renovador de Juan XXIII, y se limita a aplicar minuciosamente y temerosamente el Concilio Vaticano II, olvidando que este Concilio no puede ser nunca un punto de llegada, sino simple y modestamente un punto de partida.

El único punto de referencia para vislumbrar un poco el porvenir sería una contemplación desapasionada de la juventud, del mensaje que nos dan los jóvenes; porque la juventud es ya el futuro. Esta contemplación de los deseos, actitudes y preocupaciones de los jóvenes es lo único que puede hacernos vislumbrar el futuro del mundo, y, por tanto, aquello a que la Iglesia debe dar una contestación, si la Iglesia quiere hacer algo o estamos convencidos de que puede ser algo que ayude a los hombres en sus inquietudes y en la sociedad que, consciente o inconscientemente, se pretende construir. La juventud no quiere el racismo, la dominación del hombre por el hombre, ni el confort burgués, ni siquiera aprecia el dinero, como lo hemos apreciado las generaciones anteriores; la juventud busca espontaneidad y comunicación. Y, no nos engañemos, los dieciocho años de los jóvenes actuales son muy distintos de los dieciocho años que tuvimos los maduros, o que fuimos los que hemos traspasado los límites de la juventud.

A esto se añade otro punto de mira: el de la mujer. Las mujeres quieren —más o menos difusamente— tener un papel activo en la construcción del mundo nuevo, y la juventud femenina se encuentra en el polo opuesto de su predecesora de los últimos siglos. La recristianización de los hombres se solía hacer, lo mismo que la cristianización, a través de la mujer. La Iglesia tenía en ella una aliada de primera fila. Hoy está en vías de perderla, y no puede contar ya para cristianizar ni para recristianizar con la mujer como mujer.

Esta juventud, de hombres y mujeres, planea sobre el mundo como una gran tempestad que va dando vueltas por encima de él y un día cae en un sitio y otro en otro lugar. En 1968 nos recordaba el Padre Congar que cayó sobre París, para luego desvanecerse en buena parte. Pero esta tempestad está sobre nuestras cabezas. Y no podemos olvidar que no se resuelve su existencia mirando hacia abajo, como si no tuviera realidad; porque esta actitud de los mayores, de los que no son jóvenes ya, en vez de resolver los problemas, los crea y aumenta hasta límites peligrosos.

Los hombres en cuanto hombres, y los creyentes en cuanto creyentes, tenemos que mirar a esa tempestad con ojos sin prejuicios y con voluntad de aceptación de esa realidad. Quien no lo haga será barrido por ella, porque lo que no cabe la menor duda es que el porvenir no será lo que nosotros queremos, sino lo que ellos son ya, aunque sólo sea inicialmente.

Y ahora me pregunto: ¿es la Iglesia una Iglesia de jóvenes o estamos en una Iglesia de personas mayores? Y creo que la contestación, aunque triste, es clara: no estamos en una Iglesia de jóvenes. Por eso, si no se rectifica radicalmente, el porvenir para ella será muy negro.